AMERICA LATINA - Las Vidas Perdidas y las Almas Empobrecidas: El Fracaso de la Iglesia en América Latina (Michael Hogan, AlterInfos)

Lunes 30 de enero de 2006, puesto en línea por Jorge A. Agraz, Michael Hogan

Cuando el cardenal católico y conservador José Ratzinger fue electo Papa Benedicto XVI, muchos observadores vieron esto como el principio de un periodo reaccionario para la Iglesia Católica junto con una clara oposición al clero femenino, a la unión de homosexuales, la clonación, la libertad de elección, los movimientos ecuménicos, el uso de métodos anticonceptivos para la prevención del SIDA, la teología de la liberación, la organización de la comunidad de católicos laicos y el activismo social. Sin embargo, para aquellos que han seguido las políticas de la Iglesia en América Latina, su elección se ha percibido sin sorpresa y como la continuación de una postura de la Iglesia que comenzó a partir de los años ochentas.

El Cardenal Ratzinger, también conocido como “el ejecutor” del Vaticano para el Papa Juan Pablo II, ordenó el “silenciamiento” en 1984 de los teólogos de la liberación, prohibiéndoles la publicación de su trabajo y la remoción de obispos que apoyaban sus posturas, así como también declaró la oposición romana al activismo social y a las organizaciones de auto-asistencia; las cuales habían sido consideradas desde hace mucho tiempo por los sacerdotes en las regiones empobrecidas como un papel primordial en su misión Cristiana.
Para entender lo que esto ha significado para las poblaciones indigentes y marginadas en América Latina y lo que la elección de este cardenal a su papado seguramente va a representar en los siguientes años, es conveniente estudiar la historia reciente, en especial la de América Central.

EL SALVADOR

El Arzobispo Oscar Romero era un prelado tradicional cuando fue asignado a su puesto en El Salvador en los años setentas. Lo que lo hizo excepcional conforme pasó el tiempo fue que les prestó atención a los indigentes y marginados de su congregación. Escuchó cuando ellos le contaban historias de miembros familiares que habían sido secuestrados por los “escuadrones de la muerte” del gobierno, cuando intentaron organizar a trabajadores agrícolas, o cuando hablaban en contra de las políticas represivas del gobierno. Observó las fotos de los cuerpos torturados de civiles que se habían opuesto al régimen represivo y escribió a las autoridades solicitando ayuda para ponerle fin al miedo y a la opresión en la que sus parroquianos vivían. Cuando el gobierno se mostró indiferente, él empezó a reflexionar en la necesidad de estas personas para organizarse y obtener compensaciones para cambiar su situación. Se percató que la tradición conservadora de la Iglesia en América Latina -aliada a la plutocracia, proveyendo a los ricos y auxiliando a los pobres solamente a través de la distribución de limosnas para aquellos con mayor necesidad- meramente servía para perpetuar injusticia. Él juzgó que los pobres e impotentes tenían el derecho a intentar de alterar su situación a través de organizaciones de auto-asistencia, educación, y acción comunitaria. Asimismo, también consideró que la Iglesia tenía una obligación a través de su liderazgo de asistir este proceso con soluciones concretas.

Sus esfuerzos para servir a estos parroquianos ofendieron no solamente al gobierno represivo y a las clases altas, sino que también a sus parroquianos ricos (Opus Dei) quienes pensaron que la Iglesia removería sus privilegios. Asimismo, cuando el Obispo Romero bautizó a los bebés indígenas de la misma fuente bautismal de aquella en la que también se les bautizaba a los privilegiados bebés blancos, éstos últimos se indignaron. Los grupos católicos laicos de auto-asistencia entonces fueron atacados y nombrados como un activismo socialista. Así, cuando el Obispo se encontraba en el púlpito e hizo un llamado para ponerle fin a la violencia contra grupos opositores del gobierno, le dispararon en plena luz

del día.

En su funeral, el cual se llevó a cabo el 30 de marzo de 1980 en la catedral, las tropas gubernamentales abrieron fuego contra la multitud. La masacre dejó 44 muertos y cientos de heridos. Entre los testigos de ese día estaba la misionera laica Maryknoll, Jean Donovan.

Un año después, Jean Donovan junto con otras dos hermanas Maryknoll, Maura Clarke e Ita Ford, y Dorothy Kazel una hermana Ursulina, fueron raptadas, violadas y disparadas a muerte por soldados de la Guardia Nacional. Al día siguiente, campesinos descubrieron los cuerpos al costado de un camino aislado, enterrados en una tumba poco profunda. Todos los que estaban familiarizados con el caso sabían que estas mujeres fueron asesinadas por la Guardia Nacional y que al final, tuvo que haber sido autorizado por el gobierno. [1] Sin embargo, cuando el Papa visitó El Salvador en 1983, él deliberadamente rechazó cualquier comentario en referencia a su obispo, o al caso de Jean Donovan y las monjas. Enfatizó el propósito de la Iglesia como el de enseñar que Jesús es el Hijo de Dios y el de proveer consejo espiritual a su rebaño. En privado, el Papa se reunió con sus sacerdotes y monjas de El Salvador y les pidió descontinuar su implicación con los grupos comunitarios de auto-asistencia. De esta manera, el Papa reemplazó al Arzobispo asesinado Romero con un conservador, dándole las mismas instrucciones que a los demás en un esfuerzo de restaurar a la Iglesia con su primera alianza con aquellos que yacían en el poder- no importa que tan corrupto o cómplice en violencia organizada- por la cual la Iglesia era notoria hace una centuria.

NICARAGUA

El día anterior a la visita del Papa a Managua en 1983, 17 miembros de una organización juvenil que habían sido asesinados por los soldados de Samoza fueron enterrados después de un programa de conmemoración en la misma plaza donde el Papa Juan Pablo II estaba por oficiar misa. Se esperaba entre las madres y jóvenes presentes que el Papa ofreciera unos comentarios sentimentales en referencia a las muertes de estos adolescentes, pero no fue así. En cambio, el Papa ofreció un sermón que exigía al pueblo de Nicaragua el abandono a sus “compromisos ideológicos insostenibles” y urgía a los obispos a permanecer unidos. Anteriormente, había reprendido al Fr. Ernesto Cardenal en el aeropuerto por sus nexos con la asociación de trabajadores agrícolas, por lo que pocos en la congregación sabían que ninguna expresión de unidad con el pueblo se esperaba se hiciera presente. Muchos otros, sin embargo, creyendo que el Papa estaba realmente del lado del pueblo, comenzaron a salmodiar “una plegaria para nuestros muertos” y “queremos la paz.” [2]

El Papa los ignoró y concluyó su sermón. En la consagración, una de las madres de los jóvenes asesinados irrumpió con un megáfono para decir “Santo Padre, te rogamos por una plegaria para nuestros amados que han sido asesinados.” [3] El Papa no sólo rechazó esa plegaria sino que se saltó el Padrenuestro así como su tradicional “seño de paz.” Ofreció comunión a algunos dignatarios, dio su bendición y se retiró.

Después el comentarista de la BBC lo llamaría como una de las “misas más inusuales en la carrera del Papa.” Para el Presidente Daniel Ortega - quien le pidió al Papa ofrecer una propuesta de paz para Nicaragua, de mostrar “una palabra que pudiera fortalecer al pueblo” antes de partir- era más que inusual. Para este representante como Príncipe de la Paz, era el dejar una clara oportunidad de hacer un impacto. Decir que dejó atrás a muchos católicos alienados es quedarse corto.

Se ha dicho a través de fuentes privilegiadas que cuando el Papa preguntó que era lo que la gente gritaba durante la Misa (“¡queremos paz!”), uno de sus asistentes le dijo que no tenía importancia y que aquellos que habían gritado eran comunistas. Con su propia experiencia del comunismo en Europa Oriental, esta declaración era como mostrarle la carpa roja a un toro. Poco tiempo después, los obispos liberales fueron reemplazados por conservadores, mientras que al Papa, alentado por Ratzinger (quien realizó una tesis sobre el tema), se le mostraron presuntos nexos entre elementos de la teología de la liberación y Marxismo. “El Papa comenzó a escuchar a aquellos que exponían la teología de la liberación en caricaturas - sacerdotes con pistolas, Marxistas- y simplemente no eran representaciones precisas,” [